

Y tú, Pueblo Christiano, que te glorías de imitar los vicios de los Grandes, ¿imitarás también su impenitencia? ¿Renunciarás la utilidad propia de tu condición, que es el tener más fácil acceso que ellos para con la Divina misericordia? ¿Havrá dicho el Señor en vano que todo el rigor de su justicia es para con los Grandes, y que si hay en él algún género de indulgencia se reserva para los pequeñuelos? *Exiguo conceditur misericordia, potentes potenter tormenta patientur.* (a) ¿Es posible, Grandes, y pequeños, que todas estas cosas solamente han de servir de hacerlos igualmente sordos à su voz! He de tener yo la pena de verme obligado à clamar como Jeremias: ¡Ah, apliqué el oído, eché la vista por todas partes! *Attendi, & auscultavi.* »; Y no » hallé ni una sola persona que obrase bien, y se arrepintiese del mal! No hallé uno que dixese, ¿qué es lo » que he hecho? ¿A quién he ofendido? *Nullus est dicens, & quid feci?* Cada uno sigue à sus pasiones, del mismo modo que un caballo impetuoso se dexa arrastrar al combate; los pájaros del ayre, prosigue, como nocen sus tiempos, y las estaciones para sus viages: *Tempus adventus sui;* (b) pero mi Pueblo no conoce el tiempo de la venida, y del juicio del Señor: « *Populus meus non novit iudicium Domini.* No quiero atemorizarnos con las terribles amenazas que prosigue el Profeta dirigiendolas contra los Judios impenitentes; solamente os diré, que aquellas amenazas son los mismos males que vemos acercarse à nosotros, que están para caer sobre nuestras cabezas, y los que podemos evitar con un sincero arrepentimiento: lloremos nuestros pecados, Catholicos, lloremoslos con todo nuestro corazón, si es que no queremos llorar la pérdida de nuestros bienes, de nuestra vida, y de nuestra felicidad eterna: *Ad quam, &c.*

(a) *Sap. 6. 7.* (b) *Jerem. 8. 6. &c.*

SERMON II.
PARA EL CUARTO DOMINGO
DE ADVIENTO,
SOBRE LA NECESIDAD DE LA
penitencia en las calamidades
públicas.

*Venit in omnem regionem Jordanis prædicans
baptismum pœnitentiæ in remissionem peccatorum.*

Juan fue à todo el País de las cercanias del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados. *Luc. 3. 3.*



Quando San Juan fue à las orillas del Jordan à predicar penitencia à los Judios, estaba el Mundo oprimido con todo género de miserias: ¿Y qué es lo que sucede en estos tiempos, Catholicos? Roma, oprimida con el peso de su misma grandeza, havia perdido el consuelo, y la gloria de su libertad: *Anno decimoquinto Imperii Tiberii Cæsaris.* La Judea, Reyno pequeño, estaba despedazada en quatro par-

partes, y ocupada por unos Principes, que sin cuidar de su gobierno, solamente atendian à la gloria que les resultaba de reynar: *Tetrarcha Galileæ Herode, Philipo Itureæ, Lysania Abilinæ.* El Sagrado Pontificado, decaido de su antigua dignidad, era premio del dinero, y se conferia segun la voluntad de la politica Pagana, y de la avaricia de los Gobernadores: *Principibus Sacerdotum Annâ, & Caiphâ.* ¿Qué remedio opone à tantos males el Precursor del Salvador? Un solo remedio, Catholicos, la penitencia: *Pœnitentiam agite.* (a)

Todas las guerras, todos los desordenes del Mundo son efecto de nuestros pecados, y producciones de la ambicion, de la injusticia, de la envidia, y de la perfidia de los hombres; estos deplorables efectos solamente pueden cortarse separando las causas que los producen; y estas funestas causas, que son nuestros propios pecados, no se pueden apartar, Catholicos, sino por medio de una sólida, y sincera penitencia.

No obstante, este es el unico remedio à que nosotros no queremos recurrir: nos valemos de todos los demás sin pensar en este: primeramente nos valemos de todos los medios naturales, y de todos los esfuerzos de la industria, y del poder humano para salir de las miserias que padecemos: en segundo lugar, imploramos con votos, y súplicas todos los medios sobrenaturales, pero nada de esto alcanza; nuestros esfuerzos son vanos, y nuestras oraciones inutiles, sino hacemos penitencia de nuestros pecados, y esto por dos razones indubitables.

La primera, porque querer librarnos de nuestros males por medio de nuestros propios esfuerzos sin la penitencia, es querer conseguirlo à fuerza abierta contra la ira de Dios, y esto nunca lo conseguiremos: la segunda, porque querer librarnos de nuestros males por medio

(a) *Matth. 3. 2.*

dio de nuestras oraciones, sin hacer penitencia, es querer seducir, y engañar à la misericordia de Dios, y esto tampoco lo conseguiremos.

En dos palabras, nuestros pecados impiden el buen exito de nuestros esfuerzos, y de nuestras oraciones: solamente detestando nuestras culpas por medio de una pronta penitencia, podemos conseguir prontamente la tranquilidad que deseamos. Pidamos à Dios infunda en nosotros este conocimiento por medio de la poderosa intercesion de Maria. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

NO fueron solamente la espada de Dios, ni la espada de Gedeon las que vencieron à los Madianitas; fue la espada de Dios junta à la de Gedeon: *Gladus Domini, & Gedeonis.* (a) Esta union, y este concurso de la fuerza de Dios, y de la del hombre producen el feliz suceso de los esfuerzos humanos. Nuestros pecados impiden esta union, y consiguientemente inutilizan nuestros esfuerzos de dos maneras: primeramente, privandonos de la fuerza del brazo de Dios: en segundo lugar, quitando à nuestro brazo su propia fuerza: estad atentos à la explicacion de estas dos verdades.

I. Entre los politicos es comun una opinion muy poco religiosa, y es, que Dios está siempre de parte de los grandes Exercitos; no creo haya Nacion, que no haya experimentado la falsedad de esta sentencia, unas veces à su favor, y otras en contra suya. Dios, quando la causa es justa, y los hombres lo merecen, se deleyta en conceder la victoria à la parte mas flaca, y al numero mas pequeño, para que no atribuyamos à nuestro poder nuestros felices sucesos, y para obligarnos à

(a) *Judic. 7. 20.* I. Reg. 1. 1. (b) *Judic. 7. 2.* (c) *Judic. 7. 2.*
Tom. I. Mm

confesar que de él depende la victoria. Gedeon con treinta y dos mil hombres no se juzgaba en estado de poder atacar al Exercito de los Madianitas, que era igual en numero à las arenas del mar; y Dios le hizo ver que con tanta gente no venceria à sus enemigos, que para esto tenia bastante con trescientos Soldados: *Multus est tecum Populus, nec tradetur Madiam in manus ejus.* La razon que dá el Señor es absolutamente contraria à las ideas humanas: no quiero, dice, que Israel pueda gloriarse de haver vencido con la fuerza de su brazo, sino solamente con el auxilio del mio: *Ne gloriatur Israel, & dicat, meis viribus liberatus sum.*

(a)

No digais, pues, que estos milagros son raros, y que no se han visto entre nosotros: Estos milagros se hicieron para instruirnos, y para persuadirnos, que Dios es el árbitro de la victoria, que la inclina à donde quiere, sin atender al mayor, ò menor numero, como decia Jonatás à su Escudero: *Non es Domino difficile salvare, vel in multis, vel in paucis.* (b) Yo con- vengo con vosotros, Señores, en que el feliz exito de los Exercitos, y de todos nuestros intentos depende de las medidas de la prudencia, y de las acciones valerosas; pero confesad tambien vosotros conmigo, que la prudencia, y el valor, que son dones de la naturaleza, reciben su movimiento de la voluntad de Dios.

Porque à pesar de todas las medidas que una larga experiencia, una profunda reflexion, unos consejos maduros, y unos avisos ciertos pueden sugerir à los mas sabios, y no estamos experimentando todos los dias, que puede Dios en un instante poner un velo de confusion sobre el entendimiento de los mas sabios; para que en la eleccion de estos medios escojan los peores? ¿Un velo de temeridad que los haga precipitar intempestivamente

(a) *Judic. 7. 2.* (b) *1. Reg. 14. 6.*

te la execucion de los medios que han elegido? ¿Un velo de estupidez, que los mantenga inmóviles à vista de las ocasiones oportunas? ¿Y un velo de descuido, que los haga perder las ocasiones mas favorables? Dios puede helar el fuego, y el valor en el principio de la victoria; puede derramar sobre los mas valientes un repentino espíritu de terror, que los haga huir de aquellos mismos que parecia huian de ellos: Contra los accidentes que desconciertan las medidas de la prudencia, y acobardan al valor, no hay precauciones; que no puedan inutilizarse por un acaecimiento impensado: El atribuir estos sucesos à el acaso, es error de la ignorancia humana; nada sucede por acaso, todo lo que nos parece casualidad tiene su causa, y su razon: la misma suerte de los dados, cuya repentina situacion nos parece puro efecto del acaso, depende de cierto movimiento de la mano, que debió producir necesariamente aquel efecto, el que aunque à nosotros nos es desconocido, no lo es al Soberano Autor de todos los movimientos del Mundo: Una mano ciega introduce en la urna los billetes de la suerte, dice Salomon, pero Dios es quien los ordena: *Sortes mittuntur in sinum sed temperantur à Deo.* (a) El Señor, pues, dispone, ordena, y determina segun su voluntad la suerte de los consejos, y de las batallas; y esta suerte, en tanto nos es feliz, en quanto Dios está con nosotros.

Miramos con indiferencia, Catholicos, las antiguas revoluciones acaecidas entre los Israelitas, Asirios, y Romanos, como si nada nos interesaran, pero nos engañamos; uno mismo es el Dios que nos gobierna, y unos mismos son los principios en que se funda, los que no mudará por nosotros.

Con nosotros hablaba Josue, quando animando à los Israelitas à que resistiesen à Exercitos innumerables,

(a) *Proverb. 16. 33.*

Mm 2

les decía; no temais, Dios no está de su parte, sino de la nuestra: *Recessit ab eis, Dominus nobiscum est.* (a) Con nosotros hablaba Moyses, quando para apartar à su Pueblo del combate, le decía: No acometais, sois muy pocos; vuestros enemigos están mas bien armados, mejor acampados, y mas aguerridos: además de esto, Dios no está con vosotros, le haveis desobedecido, y haveis incurrido en su indignacion: *Nolite ascendere, non enim est Dominus vobiscum, eo quod nolueritis acquiescere.* (b)

Para bien juzgar del feliz exito de nuestras empresas, examinemos antes nuestro estado, y veamos si Dios está con nosotros: Antes indubitablemente lo estaba, pues nos llenaba de sus beneficios, nos protegía visiblemente, derramaba sobre nosotros una general abundancia de bienes, y nos concedía felicidades, y victorias; esto duró muchos años, y fue grande para con nosotros la profusion de sus misericordias; pero nosotros abusamos de su liberalidad con una obstinada ingratitude; de los progresos de la religion, con la indevotion, y la impiedad; de las victorias, y felices sucesos, con la sobervia, y la insolencia; de la abundancia, con el luxo, y la ociosidad; de la gloria que havíamos adquirido sobre todas las Naciones con el desprecio de todas las Naciones: Dios yá no está con nosotros; pues cómo era posible que el Señor habitase en medio de tantos vicios? Apliquemonos, pues, las reconvençiones, y amenazas de los Profetas; estas se dirigen contra nosotros, y yá estamos experimentando su efecto: No nos contentemos con llorar; no murmuramos contra el Señor, pongamos todo nuestro cuidado, y hagamos los posibles esfuerzos para salir de nuestras miserias; pero vivamos al mismo tiempo persuadidos, à que todos nuestros esfuerzos serán vanos,

(a) Numer. 14. 9. (b) Numer. 14. 43. (c)

sino los conforta el brazo de Dios, y si no separamos por medio de la penitencia el obstaculo de nuestros pecados, que nos han apartado de él; lo contrario es querer violentar à la Divina Misericordia, y obstinarse contra los golpes de su justicia.

Esto es imitar la temeraria audacia de los Judios, que en vez de recurrir al arrepentimiento de sus culpas, y à la clemencia de Dios, se obstinaban en los males que padecian, y en las desgracias que los amenazaban, figurandose necias esperanzas, y vanas imaginaciones: unas veces se persuadian à que el torrente que inundaba à los otros Pueblos, no pasaria sobre ellos, como si tuvieran hecho algun pacto con la muerte: *Percussimus fœdus cum morte, flagellum inundans non veniet super nos.* (a) Otras veces se lisongeaban con los socorros de los Egypcios, como si el auxilio de los hombres huviera podido librarlos de la venganza de Dios: *Egyptus homo, & non Deus, & equi eorum caro, & non spiritus.* (b) Otras veces esperaban ver reparadas muy presto las pérdidas que padecian: "Nuestras casas, decian, eran antes de ladrillos, nosotros las edificaremos de piedras: Nuestros campos estaban cubiertos de acebuches, nosotros los plantaremos de cedros: " *Lapides ceciderunt, quadris lapidibus edificabimus, sicomoros ceciderunt, cedros immutabimus.* (c) Otras veces pensaban, que quando todo fuese mal, no les faltarian caballos para huir, como si sus enemigos no los tuvieran para perseguirlos: *Super veloces ascendemus, ideo velociores erunt qui persequuntur vos.* (d) Dexad todos esos vanos, y ridiculos proyectos; ved aqui un medio mas pronto, y mas seguro; corred, y postraros à los piés de vuestro Dios: No vayais, dice el Profeta, à los sabios, ni à los adivinos, para preguntarles la causa de los males que padecéis, ni para

(a) Isai. 28. 24. (b) 31. 2. (c) 9. 10. (d) 32. 26.

saber de ellos el remedio: à la ley, hermanos míos, à la ley: *Ad legem magis, & ad testimonium.* (a) Consultad la Ley de Dios; ved en qué puntos la haveis despreciado, ò profanado; arrepentios de vuestros pecados; lloradlos, y exiadlos, entonces yá no direis: Todo el mundo se declara contra mí: *Ne dicatis, conjuratio.* (b) Nada podrá todo el Mundo contra vosotros, si Dios está de vuestra parte; à él solo debeis temer, y solo él os debe hacer temblar: *Ipsa terror vester, & ipse pavor vester.* (c) Vuestros pecados son los que inutilizan vuestros esfuerzos privandoos de los socorros de Dios, y debilitando vuestros propios, y naturales esfuerzos.

II. ¿Quáles son, Señores, los vicios dominantes de nuestro siglo, y que mas altamente claman en la presencia de Dios? ¿No son la intemperancia, la ociosidad, la impureza, la avaricia, un luxo sin limites, y una profunda indiferencia à las obligaciones de la religion, de la caridad, del honor, y aun de la misma razon? Si contemplamos todos estos vicios, no en quanto son ofensas de Dios, sino precisamente segun el daño que ocasionan à la sociedad humana, es indubitable, que aniquilan todas las fuerzas de un estado; unos destruyendo el valor, que es el alma de las empresas, y otros tragandose las riquezas, que son los nervios que dán movimiento à los proyectos; y asi es preciso, ò abandonar la felicidad de nuestras empresas, y el restablecimiento de la gloria del estado, ò determinarnos à apartar de nosotros estas dos especies de vicios.

Al valor, y à el aliento se debe el establecimiento, y elevacion de los Imperios, y de ellos se debe tambien esperar su salud, y defensa: No confiemos en la vida sensual, y disoluta de los mundanos, ésta solo

(a) 2. 20. (b) 8. 12. (c) 9. 13. 32. and (d)

forma hombres tímidos, y cobardes; pero decidme, ¿quándo estos infames vicios se hallaron mas dominantes, ni mas ensalzados que en este desgraciado siglo? *Elongaverunt à me*, dice el Señor por boca de Jeremías; se apartaron de mí, de mis leyes, y de mis costumbres: pero, Señor, todavia han hecho mas, se han apartado tambien de las costumbres de sus mayores, han abandonado sus exemplos, y se han avergonzado de la sencillez, y duracion de las antiguas diversiones: los mismos juegos en que se ocupaban sus padres, las justas, los torneos, las carreras de caballos, en los que se acostumbraban à la fatiga, y à desafiar los peligros, y la muerte, les han parecido demasiado penosos, y mas à proposito para mantener las fuerzas, y el vigor del cuerpo, que para alimentar la ociosidad, y el libertinage: al mismo tiempo que han abandonado estas diversiones varoniles, y guerreras, ¿à qué genero de diversiones se han entregado? A unos deleytes indignos de un hombre, y de un Christiano, à todo quanto puede inficionar, y corromper el corazon: *Elongaverunt à me, ambulaverunt post vanitatem, & vani facti sunt.* (a) Se hicieron vanos, cobardes, y afeminados como los juegos con que se divertian: ¿Saben por ventura alguno de aquellos juegos en que son necesarios el valor, la aplicacion, y el cuidado? Como los han de saber, si no hallan deleyte en ellos; solamente saben concurrir à las ociosas asambleas de las damas, manejar con primor una baraja de naipes, presentarse en el paseo tendidos en un coche, ir à aprender lecciones de heroismo en los Representantes de la comedia, engruesar con las viandas, secarse con los licores, è ir alguna vez à caza, no tanto por exercitar el cuerpo, quanto por excitar el apetito: Estas son las nobles Artes que estudia nuestra juventud, y con las

(a) Jerem. 2. 1.

que se dispone para servir con utilidad al estado: con estas infames inclinaciones pasan de edad en edad, llegan à los empleos, y aun al ministerio, con desprecio de la gravedad, y santidad de las leyes; ¿pues cómo no les han de acompañar tambien en otras condiciones menos severas, en la Corte, y en los Exercitos, en donde no suele haver mas ley que la libertad? Por eso suelen hallarse en los mas elevados puestos algunas personas, cuyos nombres, illustres en otro tiempo por sus heroicas acciones, solo dán muestras hoy de que habita en su corazon el amor à la ociosidad, à los deleytes, al juego, à la gula, à la vanidad, y à la soberbia: *Pone mensam*, (a) decia el Señor à Isaiás: pon una mesa, y haz que se sienten al rededor: pon una mesa de comida, y de juego: *Pone mensam, & bibentes*; pues ved à nuestros Heroes ocupados segun los deseos de su corazon: allí pasarán días, y noches enteras desafiando à los mas valientes; pero atencion, que llega el enemigo: *Surgite Principes, arripite clypeum*. Levantaos, Soldados, dice el Profeta, armaos con vuestras espadas, y escudos; es necesario salir al encuentro al enemigo, rechazarle, y batirle; es necesario acudir al combate, y al asalto; ¡pero ah! El corazon se sobresalta, y falta el aliento; el amor de la vida, y de los deleytes se antepone à todo: De este modo, dice Isaiás, cayó Babilonia con sus soberbios muros, con sus innumerables habitantes, con sus inmensas riquezas, con su poder, y su gloria: *Cecidit Babilon, & omnia sculptilia Deorum ejus*; Qué remedio pueden ser para un estado unos brazos afeminados, y sin fuerzas! Pues este es el primer pecado que debemos borrar con la penitencia, y de este modo hallaremos en nuestros corazones aquel valor, y aquel aliento que

(a) Isai. 21. 5.

nos falta en las ocasiones mas necesarias.

El arbitrio de los bienes no es menos necesario para el buen exito de nuestras empresas; pero este arbitrio está cerrado por el segundo vicio dominante entre nosotros, que es la avaricia, la codicia, y el ansia de acumular riquezas; este vicio dominará siempre mientras no le desarraigue la penitencia: si solamente miramos à la avaricia como una desordenada inclinacion à juntar tesoros, todavia no conocemos suficientemente su malicia, pues es igualmente funesta quando los junta con el animo de emplearlos mal. Estos dos excesos se comprehenden igualmente baxo un mismo nombre de avaricia, y son igualmente perjudiciales al bien de las almas, y de los estados; porque el que acumula dinero, yá sea para guardarlo, ò para gastarlo mal, priva de él à la republica en sus necesidades, y le sacrifica igualmente à sus propias pasiones antes que à los usos públicos, y à sus verdaderas necesidades.

Esta es una ilusion de nuestros tiempos muy semejante à la que padecian los Romanos en el tiempo de la declinacion de su Imperio. En los primeros tiempos de Roma, los particulares que gobernaban la Republica eran pobres, y todo el cuerpo del Estado vivia con opulencia: *Pauperes magistratum, opulentam Rempublicam habebant*. Despues que los particulares se hicieron ricos, la opulencia de los miembros empobreció al cuerpo del Estado: *Dives potestas pauperem facit esse Rempublicam*. Es ceguedad, dice Salviano, el pensar los miembros, y los vasallos, que siendo pobre la Republica, podrán ellos salvar sus riquezas de la miseria, y pobreza del cuerpo del Estado: *Quæ rogo, insania est ut egestuosa, & mendicante Republica, divitias posse putent stare, privatas*. (a) Pues tal es, Catholicos, la locura, que hoy nos tiene ciegos.

(a) De Gubern. lib. 1. Tom. I. No

Supongamos, Señores, que cada uno tiene, y posee lo que es suyo, esto es, lo que le corresponde por su nacimiento, por sus empleos, por su trabajo, y por su justa, y legitima industria: en este caso todo el Mundo viviría contento, y sería rico, según su estado: todos serían felices, el Labrador, el Soldado, el Oficial, el Príncipe, el Soberano, y el Artesano: solamente serían infelices los que quisiesen serlo por sus desordenes, ò por su ociosidad; la Republica sería poderosa, y el cuerpo del Estado se haría floreciente: Pero cada uno cuida de sí solo: cada uno procura engrandecerse à costa de la sustancia de su vecino, y creciendo cada dia el ansia de robar à los mas débiles, sucede que la opulencia, y poder de cien personas, es la ruina, y perdicion de un millon de familias: Este millon de familias son parte de la Republica, como aquellas cien personas; y arruinadas aquellas, se arruina el estado, sin que el poder de cien ricos sea suficiente para salvarle.

El amor al dinero, además de cegarnos para que no veamos mas intereses que aquellos que son privativamente nuestros, destierra de nuestros corazones el zelo del bien público, el amor à la patria, el respeto à la religion, la veneracion al Soberano, y aun la inclinacion al honor. Además de esto, ¿qué utilidades puede sacar el Estado del luxo insolente de los nuevos ricos, y de la odiosa pompa con que se presentan en público, como insultando las públicas miserias? ¿Qué socorros puede prometerse de tantas tierras usurpadas, por gentes de obscuro nacimiento, à las familias antiguas, cuyos hijos reducidos à la ultima miseria ván à sacrificar en la guerra las reliquias de su sangre? ¿Qué socorros puede prometerse de tantas casas sumptuosas, y de tantos deliciosos jardines, que están insultando à los Palacios de los Reyes? ¿De tantos empleos acumulados en una sola persona, con notable

ruina de la justicia, y de la pública policia? ¿De tantas espadas ceñidas à unos hombres desconocidos, que jamás sabrán usar de ellas, y que solamente les sirven para custodiar su dinero? El estado, que de todo carece, al mismo tiempo que à estos ricos nada les falta, ¿qué auxilios podrá prometerse de estos desordenes?

Nos hallamos, Señores, como se hallaba Jerusalem en tiempo del Profeta Isaías: Toda la Ciudad, decia, está llena de oro, y de plata; todavía es mas lo que está escondido, que lo que se vé: *Repleta est terra argento, & auro.* (a) Toda la tierra está llena de equipages, y caballos: *Repleta est terra equis.* Toda la tierra está llena de carrozas: *Innumerabiles quadrigae ejus.* Toda la tierra está llena de adornos, de estatuas, de pinturas, y de Idolos: *Repleta est terra idolis.* Y lo mas lastimoso es, que los ricos, en medio de sus Idolos, adoran con complacencia estas obras de sus manos, porque no ignoran que ni el orden de Dios, ni el nacimiento, ni las leyes los han puesto en posesion de estas superfluidades, sino su injusticia, sus astucias, y sus inhumanidades, y asi son obras de sus manos: *Opus manuum suarum adoraverunt.* El Pueblo, cuya sangre ha servido de materia para fabricar estos Idolos, y esta odiosa fortuna, oprimido con el peso de la comun miseria, está para arruinarse llevandose tras de sí toda la fortuna del Estado: *Incurpavit se homo, & humiliatus est vir.* ¿Perdonareis, Señor, à todos estos ricos, que tan insensibles se manifiestan al comun peligro? No, decia el Profeta: *Non ergo dimittas eis.* A no ser que procuren abrazar la penitencia para bien de sus almas, y del Estado.

No digais, pues, que el peligro que amenaza al Estado proviene del poder, del numero, y de la confederacion de los enemigos, que se han hecho mas fuer-

tes
(a) *Isai. 2. 7.*
Dios se manifiesta proprio à nuestros